

# DOS CALABAZAS POR UNA

Por **Moeita Burch**

ERNESTO miró con sumo interés la huerta del Sr. Pardo. Nunca había visto calabazas tan enormes. De pronto se le ocurrió una idea.

-Son lindas, ¿no es cierto, muchacho? -dijo el agricultor.

-Oh, sí -respondió Ernesto-. Son mucho más grandes que las mías.

-De modo que tú también tienes una huerta.

El Sr. Pardo miró al muchacho y fue a cambiar el agua de los surcos.

Ernesto no le dijo al Sr. Pardo que el club de su escuela realizaría una exposición de hortalizas. Pensaba para sí que si lograba sacarse el primer premio con una gran calabaza de carne dulce, se sentiría muy orgulloso.

Y de paso, tendría que averiguar bien la fecha en que se llevaría a cabo la feria escolar, donde estarían en exposición todos los productos que trajeran los niños de sus huertas.

-Sr. Pardo -dijo Ernesto, ¿me cambiaría una de sus calabazas grandes por dos de las mías? Las mías no son muy chicas -añadió apresuradamente-. Son lindas, pero yo quiero una bien grande.

-Debes tener realmente ganas de comer montones de pasteles de calabaza -dijo el Sr. Pardo. Ernesto se rió.

-Me gusta el pastel de calabaza. Pero Ud. todavía no me dijo si me cambiará una de las tuyas por dos de las mías. ¿Lo hará?

-No veo por qué no -respondió el agricultor-. Pero todavía no están maduras, Ernesto.

-¿Estarán maduras dentro de tres semanas? -preguntó ansiosamente Ernesto.

-Probablemente, pero, ¿por qué tanto apuro?

Ernesto no quería contestar esa pregunta de modo que corrió nuevamente hacia las plantas de calabaza. Finalmente consiguió que el Sr. Pardo fuera donde él estaba y le dijo:

-¿Puedo tener ésa? -y señaló una tremenda calabaza gris de carne dulce.

-Sí, cualquiera que quieras -dijo el agricultor-. Tendrás que llevarla antes de que yo las coseche porque yo no reconoceré cuál escogiste.

-Lo haré -prometió Ernesto-, y elegiré dos de las mejores mías para cambiárselas por ésta.

-Muy bien -dijo el Sr. Pardo-. Vuelve cuando estén maduras.

Ernesto oyó entonces la bocina del automóvil de su madre, y se apresuró a salir.

Tan pronto como llegaron a su casa, corrió a su huerta. Su hermana, Nidia, comenzó a arrancar las malezas de sus remolachas, que crecían muy lindas.

-Creo que mis remolachas ganarán un premio -dijo.

-Yo sé que mi calabaza ganará -se jactó Ernesto.

-Se ve muy linda -dijo Nidia-, pero ¿qué pasará si alguien tiene una más grande?

-No habrá nadie -dijo Ernesto-. Ya tengo todo arreglado.

Nidia lo miró sorprendida.

-Estás diciendo tonterías.

-Yo soy vivo -replicó-. ¿Sabes? voy a cambiar dos de mis calabazas por una de las del Sr. Pardo. El tiene las más grandes que hayas visto.

Nidia se quedó mirando a su hermano.

-¡Eso no es justo! Tú tienes que presentar tu propia calabaza.

--Será mía -arguyó Ernesto-. Si yo cambio dos de las mías por una más grande, esa también será mía.

¿No te das cuenta?



Nidia no estaba segura.

---!odavía creo que no es justo.

-Bueno, yo sí -declaró Ernesto-. Eso no es más que usar mi cabeza. Tú no dirás nada, ¿no es cierto?

-No -respondió su hermana-, pero si no importa, ¿que diferencia hace?

Ernesto cambió rápidamente de tema.

Esa noche cuando se arrodilló al lado de su cama para orar, las palabras no acudían como debían.

Quería agradecer a Jesús por su linda huerta y sus lindas calabazas, pero tuvo que detenerse. Decidió no mencionar la huerta. La verdad era que no se sentía cómodo.

Finalmente llegó el día en que la escuela haría su exposición. los dos niños se sentían muy excitados.

Se levantaron temprano, y Nidia lavó cuidadosamente sus remolachas. Se veían muy limpias y hermosas.

Ernesto cargó dos de sus calabazas más grandes en el carrito rojo. Todavía quedaba lugar para las remolachas de Nidia.

-¿No quieres que lleve esas cosas en el automóvil? -preguntó la mamá.

-No, gracias- mamá -respondió Ernesto-. Quiero llevar mi carro. Así pareceré un agricultor que va al pueblo para vender sus productos.

La madre se rió.

-Bueno, agricultores, Esta tarde los veré en la feria de la escuela.

Ernesto y Nidia salieron para la escuela a las ocho de la mañana. La escuela quedaba a menos de un kilómetro, pero Ernesto tenía que detenerse en la quinta del Sr. Pardo para cambiar sus dos calabazas por la calabaza gigante que él le daría.

-Me alegro de que no tengo que cambiar mis remolachas -dijo Nidia-. Quizás alguien tendrá más grandes que las mías, pero éstas son mías, y me gustan.

Ernesto no hizo ningún comentario.

Parecía que cada vez caminaba más despacio.

- Apúrate o llegaremos tarde -dijo Nidia-. Si estás cansado yo tiraré del carro.

-No estoy cansado -dijo Ernesto-. Estoy pensando.

Cuando llegaron a la casa del Sr. Pardo lo encontraron cortando el cespced.

-Buenos días -saludó él-. Veo que has venido a buscar tu calabaza.

-No, he cambiado de idea -dijo Ernesto-. Sabe, tendremos una exposición en la feria de la escuela, y se espera que llevemos cosas que nosotros hemos cultivado. Yo planté estas calabazas y las cuidé.

-Estas son mis remolachas -interrumpió Nidia.

-Hermosas -dijo el Sr. Pardo-. Me alegro, Ernesto porque llevas a la exposición tus propias calabazas.

Puedes sentirte orgulloso de que son tuyas. Eso hace una gran diferencia.

-Lo sé -respondió Ernesto gozosamente-. ¡Vamos, Nidia, apresurémonos!

Ernesto se sorprendió cuando su calabaza ganó un primer premio, pero Nidia lo esperaba. Nadie más había llevado remolachas.

Ambos agradecieron a Jesús por el éxito obtenido al cultivar su huerta, y Ernesto se sintió muy feliz porque había sido honrado.